

LA ÚLTIMA ROSA DE SHANGHÁI

Weina Dai Randel

Traducción: María Inés Linares



VIDIS
HISTÓRICA

CAPÍTULO 1

OTOÑO DE 1980

Peace Hotel, Shanghái

TENGO SESENTA AÑOS Y SOY EMPRESARIA, FILÁNTROPA Y una mujer atormentada. Me he vestido con esmero para la reunión de hoy: llevo un cárdigan negro de cachemira, una blusa amarilla bordada, pantalones negros y un zapato a medida. Espero, con todo mi corazón, parecer refinada y humilde, tal como debe verse una multimillonaria relajada.

Hago avanzar mi silla de ruedas de una mesa octogonal a otra. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que vine aquí, y parece que todo el hotel —las paredes revestidas de madera de castaño, los grabados en blanco y negro, la lámpara de araña dorada que cuelga del techo como un resplandeciente nido de pájaros— me recibe como a una vieja amiga. En el aire, por supuesto, no hay melodías conocidas de jazz, ni gritos de ira, ni se oye su voz firme. Después de todo, han pasado cuarenta años. Nuestro pasado —mi luz y mis lágrimas— se ha ido para siempre, lejos de mi alcance. Pero confío en que después de hoy sea diferente; después de hoy, estaré en paz.

He decidido donar este hotel, este monumento que ya es un símbolo, construido por un británico, controlado por

varios gobiernos y ahora de mi propiedad, a una documentalista estadounidense a quien conoceré hoy. Le pediré que haga una sola cosa: filmar un documental. Este es un trato poco habitual, un negocio poco ventajoso para mí, pero no me importa. La documentalista ha cruzado el océano para encontrarse conmigo y estoy ansiosa por conocerla.

Aparco mi silla de ruedas junto a una mesa negra, cerca de las columnas corintias. No debería estar nerviosa, pero se me acelera el corazón. ¿Acaso me habré olvidado de tomar mi medicación esta mañana? No me acuerdo, y parece que tampoco puedo moverme, atrapada dentro de la grieta de los recuerdos.

CAPÍTULO 2

ENERO DE 1940

Aiyi

APROXIMADAMENTE DOS AÑOS DESPUÉS DE LA CAÍDA DE Shanghái, a cuatro meses de que comenzara la guerra en Europa, yo tenía veinte años y un problema. Mi club nocturno, un negocio millonario, se estaba quedando sin bebidas alcohólicas debido a la escasez que se vivía durante la guerra. Había visitado, sin éxito, cervecerías y otros comercios, y los clientes ya se percataban de que el vino que les servía estaba diluido. Al borde de la desesperación, fui a ver a la última persona que hubiese elegido de todo el mundo para pedirle ayuda: mi rival en el negocio, el empresario británico sir Victor Sassoon.

Vivía en su hotel, en el corazón del Asentamiento Internacional, cerca del río Huangpu. Cuando estábamos llegando al edificio, le pedí a mi chófer que aparcara mi sedán Nash marrón para poder hacer a pie el resto del camino. Con una bufanda cubriéndome el rostro, pasé junto a *ricks-haws* chirriantes y coches atronadores, con la cabeza gacha, rezando para que nadie me reconociera.

Eran las últimas horas de la tarde y se había desatado una gran tormenta; el cielo tenía un aspecto sombrío y el sol se

ocultaba detrás de las nubes como una moneda de plata. El aire, gélido, olía a perfume, a humo de cigarro y a las empanadillas fritas que se vendían en el hipódromo, a unas calles de distancia. Cuando llegué a una de las entradas del hotel, vi cómo un jeep se estrellaba contra un hombre que iba en bicicleta —me di cuenta de que era shanghainés—. El hombre se sujetaba la pierna y gritaba, con la cara ensangrentada. Del jeep saltó un soldado japonés de uniforme caqui. Con una sonrisita de suficiencia, se acercó al pobre ciclista, desenfundó su arma y le dio un tiro en la cabeza.

El fuerte disparo atravesó mis oídos y mi corazón, pero no pude hacer nada más que apartar la mirada. Habíamos perdido la ciudad ante los japoneses; ahora, lamentablemente, todos los chinos que vivíamos en Shanghái éramos como peces atrapados en un pantano sombrío. Para evitar el anzuelo de la muerte y seguir viviendo, no teníamos más remedio que permanecer ocultos bajo el agua.

Aceleré el paso, subí los escalones de la entrada principal del hotel y crucé la puerta giratoria. Una ráfaga de aire cálido me recibió en el vestíbulo. Con un suspiro de alivio, me desenrollé la bufanda y observé las lujosas alfombras persas, el suelo de mármol reluciente, los elegantes sofás Chesterfield de cuero burdeos y los ramos de rosas y claveles frescos en altos jarrones de color índigo. Me encantaba este hotel. Antes de la guerra, a menudo me daba el gusto de reservar la Jacobina, una de las suites más extravagantes, que tenía una decoración única de estilo francés.

No vi a Sassoon, pero un hombre rubio, sentado en un sofá Chesterfield y vestido con un traje de franela gris similar al que tenía mi prometido, me miraba ceñudo. Cerca de él, había otros tres hombres con uniformes azules del Cuarto Regimiento de Infantería de Marina de los Estados Unidos, que debieron de haber escuchado el disparo, dejaron de fumar sus cigarrillos y también se volvieron hacia

mí. Parecían fastidiados, como si yo fuera una intrusa que acababa de irrumpir en su comedor.

Me pregunté si pensarían que yo tenía algo que ver con el tiroteo de fuera, pero lo más probable era que estuvieran disgustados porque yo era la única clienta china en el vestíbulo. Debía tener cuidado. Todos sabían que los chinos y los extranjeros eran como la sal y el azúcar, que no debían mezclarse, ya que los extranjeros del Asentamiento veían a los locales como una molestia y nosotros rehuíamos de ellos como a enemigos. Estos hombres que estaban en el vestíbulo no me conocían, pero la gente en Shanghái, incluido Sassoon, me tenían en alta estima.

Además, vestía mis mejores galas, como siempre: un vestido rojo a medida con una abertura hasta el muslo y un exquisito abrigo de visón negro con cuello de esmoquin, que complementaba con pendientes de oro, un collar de oro y un bolso caro. En Shanghái no había muchas chicas como yo: joven, a la moda, rica, me atrevo a decir hermosa y hábil, gracias a los años de experiencia como dueña de un club nocturno. Sabía cómo manejar a todo tipo de personas.

No contoneé mis caderas con coquetería, no bajé los ojos como una sirvienta, no sonreí como si me pagaran por ello. En lugar de eso, levanté una mano, asentí con cortesía, como la mujer de negocios que era, y dije en perfecto inglés estadounidense: “Buenas tardes, caballeros. ¿Cómo están?”

Nadie respondió. No me importó. Pasé junto a ellos hacia el otro lado del vestíbulo, saludando a los botones con uniformes beis que me ofrecían su ayuda. Sassoon, que vivía en el ático del undécimo piso, había dicho que nos encontraríamos en el vestíbulo, pero aún no había bajado. Me alegré, pues tenía grabadas en la mente su notable afición a la fotografía y la petición que me había hecho, y también necesitaba un momento para pedirle un favor sutilmente sin humillarme.

Me dirigí a una silla cerca del ascensor, del que dos hombres blancos salieron tambaleándose, con botellas de Pabst. Estaban borrachos, los rostros sudorosos, los ojos vidriosos. El de la cabeza rapada me miró fijamente. Un murmullo, en inglés, me golpeó: “Los perros y los chinos no están permitidos en este hotel”.

Si hubiera estado en mi club, habría ordenado que lo echaran. Lo fulminé con la mirada, cambié mi bolso a la mano izquierda y caminé hacia el Jazz Bar al final del vestíbulo. No había dado dos pasos cuando una botella cruzó veloz el aire y me golpeó la cabeza. Una violenta carcajada estalló en mis oídos. Me sentí mareada, pero pude ver que, en el vestíbulo iluminado, todo estaba normal y nadie se había preocupado por mí. Ni el rubio del traje de franela, que se cubrió la cara con una revista, ni los marines, que desaparecieron en el Jazz Bar, ni tampoco, por cierto, el viejo de cuello grueso, que aplaudió como si estuviera viendo un espectáculo divertido.

No necesitaba su ayuda, de todas maneras. Con perfecto aplomo y una mano en la cintura, toqué mi frente palpitante con la otra mano. Sentí algo viscoso. El pánico me recorrió, mi aspecto lo era todo para mí.

—¡Me has agredido! Voy a llamar a la policía.

—Adelante. Te llevarán a la cárcel. —El hombre que me había herido resopló y luego los demás corearon: “Cárcel, cárcel, cárcel”.

Odiaba que me amenazaran, pero todos en Shanghái también lo sabían: los policías sijes del Asentamiento eran parciales, y nosotros, los lugareños, los vencidos en la guerra, no podíamos contar con ellos para recibir ningún tipo de justicia. Me olvidé de Sassoon. Solo quería salir de allí. Me di la vuelta, pero de alguna manera, mis tacones altos resbalaron sobre un montón de fragmentos de vidrio de la botella y caí al suelo con un ruido sordo. Fue mortificante.

—Déjeme ayudarla —dijo un hombre cerca de mí, y me tendió la mano. Era una mano fea de nudillos deformes, con el dedo meñique curvado hacia arriba como un signo de interrogación y una telaraña de cicatrices irregulares y magulladuras serpenteantes en el dorso. Agradecida por el ofrecimiento, dejé que me ayudara a levantarme y también me alegré de que el hombre pareciera ser capaz de leerme la mente: me alejó de los fragmentos de vidrio, de los rufianes que gruñían y me llevó apresuradamente por la puerta giratoria.

En la entrada, el viento helado me acarició la cara. Me ajusté el abrigo sobre el pecho, aliviada, aturdida. Nunca me habían atacado y ahora tenía una deuda de gratitud con el hombre de la mano llena de cicatrices. Lo miré.

Era joven, alto y huesudo; vestía un abrigo negro cruzado con solapas arrugadas y no llevaba reloj ni cadena de oro; no era el tipo de persona con el que yo solía tratar. Sus rasgos faciales eran distintivos: labios carnosos, una mandíbula fuerte y una nariz prominente parecían decirle al mundo que tenía un propósito para su vida. Pero aun así le habría dado las gracias si no hubiera sido por sus ojos, de un llamativo tono azul.

Otro hombre blanco.

—¡Allí están! Nos han asaltado. ¡Arréstelos! —Por la puerta giratoria, como un mal augurio, salieron los dos matones, acompañados por un enorme policía sij con turbante.

Qué descarados. Me aparté el flequillo para mostrarle al policía mi frente sangrante, y en inglés, con mi voz tranquila de mujer de negocios, dije:

—Mire lo que me hicieron ellos, señor. Están mintiendo. Pero vamos a olvidarlo, ¿de acuerdo? No hay necesidad de arrestar a nadie.

El sij, enorme como un toro, apoyó la mano sobre el revólver Webley que llevaba en la pistolera.

—Señorita, estoy tratando de hacer mi trabajo.

Solo un típico oficial del Asentamiento, porque cualquier policía imparcial sabría que era más probable que una mujer como yo fuese una víctima.

—Ella dice la verdad, señor —agregó el extranjero de ojos azules a mi lado. Sostenía mi bolso y mi bufanda, que se me habían caído en el vestíbulo sin que me diera cuenta. Me hubiera gustado recuperarlos, pero la prudencia me dijo que me mantuviera alejada de él.

—¡Arréstenlos, arréstenlos! —Fuertes protestas estallaron cerca de la puerta giratoria, y el sij se me acercó más, con pasos enérgicos.

—Lo siento señorita. —Aferró por las solapas del abrigo al hombre que me había ayudado.

Sucedió muy rápido: el extranjero se apartó, dejó caer mi bolso y mi bufanda, y se tambaleó hacia atrás. Sin percatarse de la escalera que había detrás de él, pisó en falso un escalón, cayó y rodó desde el rellano hasta la calle. El policía sij se abalanzó sobre él, y esos odiosos atacantes se partieron de risa.

Me apresuré a recoger el bolso y la bufanda y corrí hacia mi Nash aparcado en la calle. Solo cuando llegué al coche miré hacia atrás. A lo lejos, entre la masa de veloces *ricks-haws*, peatones con túnicas largas y automóviles negros que avanzaban lentamente, no muy lejos del cuerpo del ciclista, estaba el enorme policía sij, que le sujetaba las manos detrás de la espalda al extranjero, al hombre inocente, y lo conducía en dirección a la comisaría.

CAPÍTULO 3

Ernest

RECIÉN SALIDO DEL BARCO, RECIÉN LLEGADO A LA CÁRCEL. Esta no era la nueva vida que Ernest Reismann había imaginado en Shanghái. Luchó por soltarse del enorme policía sin éxito. El hombre era demasiado fuerte y murmuró algo acerca de que Ernest era un estúpido por haberse dejado atrapar entre los vándalos, con voz sorprendentemente suave. No hubo insultos racistas ni amenazas maliciosas. Un alivio. Así que no sería encarcelado por su religión en Shanghái; pero hubiera preferido no ser encarcelado en absoluto en esta nueva ciudad, donde estaba decidido a construir su futuro.

Ernest tuvo que pensar rápido. Doblaron en una calle llena de gente y tiendas que vendían frascos de encurtidos y bolsas de castañas asadas y champiñones secos, y los hombres de túnicas largas que avanzaban a empellones entre las bicicletas, los carruajes y los carromatos de una rueda lo empujaban a él.

—Señor, ¿cómo se llama eso? —Ernest movió la cabeza en dirección a un hombre flacucho que pasó corriendo, tirando de dos palos sujetos a un vehículo con forma de cochecito de bebé.

Una distracción. Había visto esos vehículos antes; los

porteadores sudaban copiosamente mientras sus clientes se sentaban con las piernas cruzadas como si fuera el viaje más agradable. Ese transporte era, tal vez, la imagen más extraña de todas las de Shanghái. Sintió pena por esos bueyes humanos.

—*Rickshaws*. —El sij lo guio—. ¿Nuevo en Shanghái? Por aquí.

—Parece una buena persona, señor. Lo siento.

Empujó con fuerza el pecho del sij con el codo, se alejó y echó a correr. Pasó corriendo junto a un carruaje, una fila de *rickshaws* y luego al lado de un hombre que avanzaba pesadamente, cargando un palo con una cesta en cada extremo, cada una con un niño pequeño dentro. Desde detrás de Ernest llegó un grito: el sij, pisándole los talones, se había estrellado contra una de las cestas y los dos niños habían caído al suelo. Murmurando una disculpa, Ernest pasó junto a un autobús rojo de dos pisos y corrió hacia un callejón detrás de un edificio *art déco* de ladrillos rojos. Miró hacia atrás. El policía no estaba a la vista.

Se alisó el abrigo, se pasó los dedos por el pelo —había perdido el sombrero— y se puso el guante, el de la mano llena de cicatrices, que se había quitado antes para estrechar la mano del director del hotel. No le importaba la moda, pero ese guante era el único accesorio del que no podía separarse. Sin él, a menudo se sentía como si estuviera desnudo en público.

Se dio la vuelta para comprobar una vez más que no lo estuvieran siguiendo y se sumergió en la marea de la multitud en la calle. Había tenido un comienzo difícil para buscar trabajo, pero no era para tanto. Debería intentarlo de nuevo.

Ernest Reismann, un judío que huía de la Alemania nazi, acababa de aterrizar en Shanghái en un transatlántico italiano hacía horas. Después de trasladarse del muelle al

Edificio Embankment, el refugio temporal para refugiados judíos, dejó su maleta en la litera con su hermana, Miriam, y salió a buscar trabajo sin cambiarse de ropa.

No quería perder el tiempo. Ya se habían gastado los veinte marcos imperiales, todo el dinero que le habían permitido sacar de Alemania. Planeaba encontrar un trabajo lo más rápido posible y luego establecerse en un apartamento para que Miriam tuviera un lugar donde quedarse.

Había ido directamente al hotel de Sassoon, situado en el bullicioso paseo marítimo donde había atracado el transatlántico. El rico británico, según había oído Ernest, era muy caritativo y había donado una planta completa de su Edificio Embankment, sin cargo alguno, para albergar a los refugiados y que estos pudieran empezar de nuevo en esa ciudad extranjera. Pero Ernest no llegó a conocer al hombre, solo al gerente de hotel, que lo escrutó a través de sus gafas y le dijo que no estaban contratando personal nuevo. Decepcionado, Ernest estaba atravesando el vestíbulo cuando vio que esos idiotas le tiraban la botella a la joven. Se había apresurado a ayudar, pues los recuerdos de pogromos, violencia y dolor aún estaban frescos en su mente.

Nunca había visto a una mujer china en Berlín. La de hoy era fascinante, una bellísima criatura. Tenía el rostro ovalado, la piel pálida impecable, expresivos ojos negros, nariz pequeña y labios rojos. Llevaba el pelo cortado a la altura de los hombros, y un flequillo recto y meticulosamente rizado enmarcaba su rostro. Parecía de la misma edad que él, pero sus gestos eran sofisticados, fríos, notablemente distantes.

Esperaba, con todo su corazón, volver a verla.

Con repentina euforia, Ernest miró a su alrededor. Estaba frente a un edificio de cinco pisos con un elegante diseño *art déco*, cerca de otro clásico, adornado con una estatua de un dios griego y un tercero, neoclásico, coronado

por una cúpula. Y el imponente hotel de Sassoon, con su cúpula piramidal verde, estaba a unos metros de distancia. Parecía que en su huida había dado una vuelta a la manzana y regresado a la bulliciosa zona costera. Empezó a caminar, buscando, mirando las inscripciones en francés, danés, italiano e inglés de los edificios. Eran bancos internacionales, empresas estadounidenses de comercio de licores, grupos tabacaleros británicos y compañías de telégrafos danesas. Varias empresas habían colgado la estrella de David en alguna pared. Sonrió al recordar que la gente del transatlántico decía que los judíos habían llegado a Shanghái para hacer fortuna ya en 1843, después de que Gran Bretaña derrotara a la dinastía china Qing durante la primera Guerra del Opio. Al estallar la Revolución bolchevique en Rusia, muchos judíos rusos, por temor a la persecución, también habían huido a Shanghái.

El hecho de que sus paisanos hubieran tenido éxito en Shanghái le infundía una gran confianza. Seguramente, se ganaría la vida aquí. Es cierto que había obstáculos: no sabía el idioma, no conocía a nadie en la ciudad y no tenía experiencia en banca, ingeniería, panadería ni comercio. Le encantaba la fotografía y tocar el piano, aunque la fotografía era una afición y había dejado el piano hacía tiempo. Pero tenía diecinueve años y estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para sobrevivir.

Decidió probar suerte en una barbería detrás del edificio del dios griego; vio palabras en ruso en la puerta de entrada y un cartel descolorido de Rosh Hashaná en la ventana; habría gente como él allí, después de todo. Entró. La tienda tenía cinco sillas vacías, y un peluquero de mediana edad con bigote, que sostenía una escoba como un hacha, lo miró con cara de pocos amigos. Antes de que Ernest pudiera preguntar, el barbero gritó:

—¡Fuera de mi tienda!

Atónito, Ernest retrocedió; un débil murmullo lo persiguió.

—Refugiados. ¡Ratas!

Lo habían llamado de muchas maneras, pero esto era nuevo. Se encogió de hombros y continuó su búsqueda por la calle. Entró en una tienda tras otra, ofreciendo sus servicios como empleado al dueño de una ferretería rusa, como cochero a un empresario francés en una tienda de marroquinería, luego como lavaplatos, pulidor de engranajes, freidor de pescado, cualquier cosa. Nadie quiso contratarlo. Salió de las tiendas con la cabeza gacha. Lo habían expulsado de su hogar por ser judío; ahora, después de cruzar océanos hasta una tierra extraña, lo expulsaban nuevamente por ser un refugiado.